

También a esta tercera etapa de la trayectoria de José Luis Verdes pertenece *Topográfico II*. Como hemos señalado, Verdes no abandona su relación con la localidad jiennense de Quesada, a la que se desplaza con frecuencia para gestionar la explotación agraria familiar. Precisamente, en *Topográfico II* se revela su hábil mano en esa vertiente suya como agrónomo, trazando el rostro de Franco a modo de un mapa. Verdes levanta la topografía de un rostro, o más que un rostro, una faz que personifica un largo periodo de nuestra historia reciente. Cada surco, cada arruga, cada trazo de grafito contiene un trágico significado en la leyenda de esta geografía personal y colectiva a un tiempo.

Verdes ha plasmado un cercano y primerísimo plano del rostro decrepito de un Franco anciano, pintado tan sólo dos años antes de fallecer. El año 1973 fue especialmente malo para el Dictador, su gobierno estuvo marcado por la crisis económica y política, y se cerró con el magnicidio, perpetrado por ETA, de Luis Carrero Blanco, a quien había nombrado presidente meses antes, lo que supondría un duro golpe para el General por cuanto había confiado en él para garantizar la continuidad de su testamento político. Poco después, en el verano de 1974, Franco ve agravada su enfermedad circulatoria, la misma que lo conducirá, un año más tarde, a la muerte.

El pintor ha elegido un encuadre descentrado y ligeramente fragmentado para dibujar con el grafito la sombra de un Franco enfermo, casi moribundo: el gesto de la boca, las hundidas cuencas de los ojos, el color cadavérico, lo asemejan más a una mascarilla funeraria que a un retrato oficial. Como en un intento de visionar un futuro muy cercano, Verdes ha pintado el último estertor de un Franco débil y tembloroso, la extinción de una biografía y, con ella, el ocaso de un régimen ya muerto en vida.

Tan sólo dos años después de esta obra, Verdes aborda la representación de sus sombras y siluetas creando verdaderos ambientes con la ayuda de focos y figuras de personas en madera recortada que reducen la presencia humana a sombras chinescas, estableciendo una interesante dialéctica entre las sombras pintadas y las generadas por las figuras y las del mismo espectador. Con esta recreación de “El mito de la caverna” obtuvo en 1975 el premio internacional de pintura de la Bienal de São Paulo. Posteriormente investiga con la división del soporte pictórico y la fragmentación de las figuras en diferentes planos de visión. “Ahora su obra –en palabras de Manuel Urbano– es un rompecabezas matemático y la representación plástica aparece en muy diversos planos de estructuras geométricas irregulares, superpuestos o ensamblados.”(1)

Su última etapa arranca hacia 1987 y desemboca en una abstracción expresionista que integra algunos trazos figurativos. La materia, las texturas y un colorismo totalmente desconocido en su obra anterior centran el trabajo de José Luis Verdes desde entonces. Su amigo, el periodista José Luis Cebrián ha dicho de él “que [...] es un pintor de la materia. Fabrica sus colores con tierras naturales y se muestra siempre dispuesto a trabajar con su expresión volumétrica y sensual”.(2)

NOTAS

1 En *Verdes: exposición antológica* [cat. exp.], Jaén, Diputación Provincial, 1990, p. [8].

2 En *Verdes. (Exposición antológica), 1955-1989* [cat. exp.], Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1989, p. [7].

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 361-363.